



Colaboración

UN DÍA DE CAZA

Por Victor Ruiz Gutiérrez

Ni el tabaco, ni el alcohol, ni cualquier otra sustancia. Sin ninguna duda, la caza es la “droga” más fuerte que conozco. Sin embargo, para muchos se trata de una afición difícil de entender. Y en cierta medida, no les faltan razones a quienes nos consideran unos locos. La caza exige madrugar, darse grandes caminatas y, lo peor de todo, soportar la lluvia, la nieve y el frío. Pero todas estas adversidades resultan insignificantes ante la emoción y el cúmulo de sensaciones que proporciona un día de caza.



Sábado 17 de noviembre: primera batida del año en Villanueva. Son las ocho de la mañana y, poco a poco, los cazadores vamos llegando al Hostal. Todavía adormecidos y paralizados por el frío, nos refugiamos en el café, con el que van surgiendo las primeras bromas del día. El ambiente distendido de la mayoría contrasta con los nervios de Juan Carlos, que se encarga de organizar la cacería. Decidimos cazar El Ollano en dos ojeos: primero Cerro Alto (hasta el barranco del río Hoyo) y después las Tajoneras (del cortafuegos de Villoslada a la carretera de El Ollano). Tras ello, sorteamos las posturas y partimos hacia el monte.

Cuando todas las escopetas están colocadas, avisamos por la emisora a los ojeadores; ya pueden soltar los perros. El silencio que reinaba hasta ese momento da paso a los ladridos y a los gritos de los perreros. Son los sabuesos los que toman las riendas de este “concierto” cinegético. Con sus aullidos roncoss nos avisan de los primeros rastros de jabalí. Mientras tanto, el cazador aguarda paciente. En la soledad del puesto encuentra la tranquilidad que el trabajo y la ciudad le arrebatan durante la semana.

Un pequeño ruido nos saca del letargo, activando de golpe nuestros sentidos. Levantamos la vista y nuestros ojos se topan de frente con la silueta del jabalí, que sigiloso se acerca hacia nosotros. Los latidos acelerados de nuestro corazón son el único sonido de esta escena, un duelo cara a cara entre el animal y el cazador. Con sumo cuidado, evitando el mínimo ruido, apuntamos al jabalí y dejamos que siga aproximándose.

De repente, un viento traicionero nos delata. Con su extraordinario olfato, el jabalí detecta nuestra presencia e interrumpe por un momento su marcha. Es el momento, nuestra única oportunidad. Respiramos profundamente y: ¡boom!

Hemos tenido puntería; el jabalí reposa muerto en el suelo. El lance no dura más de treinta segundos pero su emoción justifica con creces las largas horas de espera.

Llevamos la cuenta de los tiros y con el nuestro ya van cincuenta. A pesar de ello, la experiencia nos dice que en esto de la caza se cumple el refrán de “mucho ruido y pocas nueces”. Así, podemos establecer que como media se necesitan siete u ocho disparos para matar una pieza.

La llegada de los perros a las posturas nos indica el final del ojeo. Es la hora del recuento pero sobre todo, el momento de las bromas y las excusas; disculpas por las que los cazadores hemos adquirido la fama de mentirosos. También, es el momento de la colaboración. La caza, en su conjunto, es un trabajo de grupo en el que se refleja la forma de ser de cada persona. Labores como sacar los animales muertos o limpiarlos dejan al descubierto el buen hacer de la mayoría y el egoísmo de unos pocos.

En Los Jubilados, disfrutando con las alubias de Mari Tere, ponemos el punto y final a este día de caza. En la mesa echamos en falta a algunas personas como Antonio, que mercedamente ha decidido retirarse después de ser maestro para muchos de nosotros. Sin embargo, su ausencia se ve contrarrestada por la ilusión de quien empieza. Me refiero a Fer, a quien ya le ha picado el gusanillo de las batidas.



Por cierto, la cacería fue muy buena: matamos nueve jabalís. Pero el resultado es lo que menos importa en un día de caza.

Fotografías realizadas durante la temporada de batidas 2007-2008 en el término municipal de Villanueva.